



## LOS COLORES DE LA NOCHE

Javier Betancourt

### LA NOCHE

En la *Teogonía* de Hesíodo, Nyx (la Noche) se manifiesta como hija del Caos y madre, por medios propios, de una prole temible con integrantes tales como el Destino Fatal, la Muerte, el Dormir y el Soñar, el Sarcasmo y el Lamento, las diosas del destino y de la venganza, la Vejez y la Discordia; también engendra, emparejada con su hermano el Érebo, dios abstracto de oscuridad total, al éter y a la luz del día. La noche cae de manera inevitable, como por gravedad, se torna emblema de vejez, destino del vigor que mengua. Dentro de ella las tinieblas engendran dudas, malos pensamientos; se liberan miedos que se habían mantenido ocultos del sol. Del fondo de la noche, sin embargo, surge la luz: la esperanza se impone como anhelo de claridad.

En *La noche y los hijos de la noche*, la difunta Clémence Ramnoux, de filiación nietzscheana, insiste sobre el erotismo al que invita la noche, momento de recogimiento, lecho y encuentro amoroso; en su portentoso ensayo, la admirada maestra es capaz de distinguir colores en el interior de la opacidad nocturna. Además de la negrura, se halla el rojo de la muerte violenta que nubla y apaga; por ejemplo, la mirada del guerrero, como cuando Homero menciona a la negra Ker de algún héroe fatalmente herido. En el plano sutil, se rebela el dorado, la noche del arrebatado amoroso de un dios con otra diosa o con una mortal, o incluso con algún varón mortal como Anquises, a quien Afrodita, ataviada en oro, saca del sueño luego de seducirlo y hacer el amor con él.

Filósofa afín a la metafísica de Heidegger, Ramnoux explora el tema de la noche desde las diferentes tradiciones cosmológicas de la antigüedad helénica, no hace referencia a Jung ni al proceso alquímico, sólo sugiere el tema de las noches de color; la maestra prefiere estudiar el significado de diadas, triadas y triples triadas de la noche y sus descendientes. El tema es demasiado amplio; me hago responsable, por lo tanto, del abuso de apropiarme estos colores para caminar por la noche.

### LA NOCHE NEGRA

La melancolía se asocia con la oscuridad, *Mélaina negra*, epíteto propio de la diosa Noche. Este mal provoca falta de ánimo, soledad, te-

mor o atracción hacia la muerte, insomnio o adormecimiento constante. Hipnos y Tánatos —el Sueño y la Muerte—, hijos de Nyx venerados como gemelos sagrados, de quienes Pausanias —geógrafo griego— describe una imagen que descubrió en un templo: una diosa con dos bebés en brazos, uno blanco y otro oscuro; la noche nutre a estos hermanos, polos inseparables de la experiencia humana. Y aunque los dioses son inmortales, ellos mismos no pueden escapar del influjo de la noche que los doma, les impone el sueño y los predispone al amor en el lecho conyugal, como le ocurre al Zeus homérico con su esposa, la diosa Hera.

Dioses y hombres tienen en común el acto de dormir, capacidad asociada al descanso y



Hipnos y Tánatos llevan el cuerpo de Sarpedón mientras Hermes mira. Crátera firmada por Euxiteo (alfarero) y Eufronio (pintor), ca. 515 a.n.e. ©

## Y, aunque los dioses no sueñan, se valen del sueño para enviar mensajes.

a la actividad erótica y, aunque los dioses no sueñan, se valen del sueño para enviar mensajes; Hipnos —según comenta Pausanias— es la divinidad favorita de las Musas, hijas de Zeus y Mnemósine (la memoria). Si el sueño, hijo de la noche, libera miedos y pulsiones reprimidas en forma de pesadillas, también es fuente de inspiración, creatividad y visiones proféticas.

Esa melancolía, humor negro del que —según una cita del Pseudo Aristóteles en sus *Problemata*— todos los grandes hombres habrían participado, equivale a un viaje al fondo de la noche, ahí donde la diosa negra se encuentra con su hermano el Érebo; frontera entre el Hades (reino de la muerte) o puerta hacia la luz. Tal descenso hacia la propia oscuridad significa el periplo imprescindible para recuperar el entusiasmo luminoso del proceso creativo. ¿Cuántas grandes obras no son resultado de tal paso por el laberinto de la noche más oscura? Ejemplo quizá obvio, *Las noches*, esos diálogos, bellos y enfermizos de Alfred de Musset con su musa.

Para Jung —referencia inevitable en estos temas— ese viaje del día hacia la noche, la caída en el estado melancólico, depresión profunda, equivale a la primera fase de la Gran Obra en la tradición alquímica, nigredo o melanosis, forma de encuentro con la Sombra que recupera los contenidos reprimidos, no conscientes, de la psique para que posteriormente la conciencia se fortalezca y disponga de ellos creativamente. Las etapas del trabajo de la nigredo, *opus nigrum*, paseo por la oscuridad —tales como fermentación, putrefacción, calcinación, coagulación—, evocan a todos esos vástagos de la noche que la cosmogonía de Hesíodo menciona: problemas con Hipnos, terror de Tánatos, sensación de envejecimiento, parálisis,

sarcasmo y discordia consigo mismo. Saturno (cuyo glifo representa el plomo en alquimia) se impone como la estrella indiscutible de la melancolía, el sol negro de Nerval o la célebre litografía de Durero, *Melancolía I*.

### LA NOCHE ROJA

El concepto sugiere un oxímoron, pero en la tradición humoralista —desde Hipócrates hasta Galeno y durante toda la Edad Media— puede significar mezcla de bilis negra con bilis amarilla o con humor rojo, que no sería otra cosa que la sangre. Marte (dios de la guerra, hierro en alquimia) se asocia al temperamento colérico cuando domina la bilis amarilla. El bazo, productor de bilis negra, y la vesícula biliar forman una argamasa peligrosa que desata violencia.

Basados en la lógica de la psicología y alquimia de Jung —o más atrás, en el enciclopédico tratado de Robert Burton (*Anatomía de la melancolía*, 1621), el maestro que confesaba escribir sobre la melancolía para escapar de ella—, si la densidad del humor negro hunde y reprime demasiado la cólera —el dios Saturno, digo yo, sometiendo al dios de la guerra—, la melancolía llevaría al suicidio, forma de violencia que el individuo dirige hacia sí mismo. Algunos estudios sugieren que el riesgo de suicidio aumenta por la noche. Si la ira se vierte hacia afuera, la explosión es fatal para otros, pues la noche incuba delitos y crímenes sangrientos.

Hesíodo ofrece más claves en su genealogía nocturna: Eris (diosa de la discordia, hija de la Noche) engendró a su vez a Horcos, la maldición que cae sobre los perjuros, o los falsos juramentos; la noche engendra pleito, ¿o será

## Algo ocurre durante la noche que modifica la perspectiva de las cosas, a veces de la vida misma.

que los deseos reprimidos se liberan y ya no es posible respetar esas leyes de buena conducta que ordenan los dioses?

En la tradición judeocristiana, Caín mata a Abel y derrama su sangre sobre la tierra porque lo envidia. El libro no especifica si el crimen ocurre durante la noche, pero Caín se esconde de Dios: imagen nocturna, oscuridad y ocultamiento. Los hermanos parecen destinados a una dinámica de confrontación, tensión entre Hipnos y Tánatos o entre Cástor y Pólux —gemelos inseparables que, por cierto, inventaron el boxeo—, que sufren el destino de alternarse cada día; uno en el inframundo, reino de la muerte, y otro en el cielo estrellado. Aunque sujetos a un ritmo circadiano, simultáneamente mortales e inmortales, nunca escapan ya de la noche, sino que la abarcan por completo.

Tema de esta noche roja es ese humor que fluye por venas y arterias, y que derraman los vástagos de la diosa; la sangre que, bien distribuida, da jovialidad. Además del corazón, el hígado es su fuente en la tradición humoralista y es el órgano asociado a Júpiter: dios que rige, liga leyes y mantiene los principios saludables de la tribu, comenzando por la familia. Pero contra la Noche, ni Zeus (Júpiter) se atreve a contestar, por eso contradicciones y rivalidades se escapan por la noche y durante el sueño. Resulta difícil reprimir discordias y pulsiones incestuosas que los juramentos y los pactos sagrados mantienen bajo control. Cuando se traicionan éstos, se asoma Horcos para perseguir al transgresor, imagen mítica de la culpa que equivaldría a la que azota a Caín.

### LA NOCHE DORADA

Así como la noche engendra terrores y libera pulsiones reprimidas, también invita al cobijo y a la intimidad —al encuentro con Afrodita— o predispone a recibir mensajes que inspiran los dioses a través de Hipnos y todo su linaje de sueños. Es trivial hablar del consejo que aportan la noche y el sueño para resolver problemas, del mañana que será otro día. Algo ocurre durante la noche que modifica la perspectiva de las cosas, a veces de la vida misma. El territorio nocturno es un lugar lleno de actividad: la naturaleza fermenta, los flujos se encuentran y la vida germina. Se supone que al templo de Asclepios (dios de la medicina) en Epidauro, acudían peregrinos enfermos en busca de curas; los sacerdotes los ponían a dormir y, según los sueños que los devotos tenían, prescribían remedios y, a menudo, tratamientos contra la melancolía. Las serpientes sagradas de Asclepios circulaban libremente por el Asclepeion, el recinto donde dormían los peregrinos.

El emblema de la medicina (la vara de Asclepios) se confunde con el caduceo de Hermes; en todo caso, la imagen de la serpiente —símbolo de transformación, vida y muerte— que la vara de Mercurio atrapa es afín a la doble serpiente, que insistiría sobre la repetición y el devenir constante de los ciclos. Clémence Ramnoux se fija en dos de los muchos apelativos que recibía el hijo de Zeus: Subterráneo (Hermes Chthonios) y Nocturno (Hermes Nycteos). Uno representa la fuerza germinativa de la tierra que da frutos, el otro ofrece la visión de caminar por la noche hasta alcanzar un destino. Es famosa la imagen pintada en una vasija griega —crátera del pintor Eufonio— de Hermes dirigiendo a Hipnos y a Tánatos que transportan el cuerpo de Sarpedón (hijo de Zeus) para ser enterrado en su país natal. El

psicólogo junguiano James Hillman afirma que los sueños, a partir de la infancia, ilustran el camino hacia la muerte; tesis quizá demasiado radical pero que apoya, consciente o inconscientemente, el vínculo inquebrantable de estos gemelos, hijos de la noche. Una gran psicoanalista, Françoise Dolto, revela en una entrevista que dar de alta a un paciente significaba verlo salir contento a enfrentar, eventualmente, su propia muerte; moderna imagen de la pintura del artista Eufronio. ¿Será ésta, en el fondo, la verdadera cura terapéutica: reconciliarnos con la muerte?

Pero hay más. Frente a la angustia que provoca la negra noche, el Hermes noctámbulo se hace guía de la psique hacia el reino de las

sombras —el Hades y el Tártaro—, pero, asociado a otros arquetipos, a otros dioses, el psicopompo Hermes enseña cómo atravesar la noche, vencer la muerte y encontrar la luz; imagen de la vida eterna. En ese proceso se basan las diferentes tradiciones iniciáticas, tales como los misterios de Eleusis, de Orfeo o de Dionisos, que se practicaban de noche con antorchas para iluminar el camino: los guías (mistagogos) conducían al misto (al iniciado) hacia la *epopteia*, la experiencia luminosa.

En la tradición cristiana, san Juan de la Cruz en su "Noche oscura del alma" se revela a la vez misto y guía del viaje a través de la oscuridad hacia la luz. La obra de este poeta puede leerse como mapa del camino hacia el día.



Evelyn de Morgan, *Noche y Sueño*, 1878 ©

La belleza de la obra de los místicos es que trasciende el dogma y la religiosidad de las instituciones; con creencias o sin ellas, cualquiera puede identificarse con la melancolía profunda que vive san Juan y con la experiencia del sosiego que alcanza, puro regocijo con la luz.

## EL RÉGIMEN NOCTURNO

En su tratado *Las estructuras antropológicas del imaginario*, Gilbert Durand construye un

sistema para organizar la estructura y la dinámica de símbolos, esquemas semánticos y arquetipos universales. Discípulo de Gaston Bachelard y muy influido por la obra de Jung, este filósofo totalizador aspira a crear una gramática universal que defina la morfología y sintaxis (por decirlo a la antigua) de imágenes y arquetipos universales. La ambición de Durand resulta fascinante y digna de Pantagruel, ya que Jean Piaget, Kant, Lévi-Strauss y muchos más contribuyen en el diseño arquitectónico de su edificio teórico. A veces irritante por su formalismo estructuralista, este estudio serio y riguroso resulta imprescindible para quien se interese en mitologías, símbolos y tradiciones esotéricas.

Durand se revela como amante de la geometría y propone un sistema para clasificar y comprender mejor el dinamismo del imaginario colectivo universal, ya sea sincrónico o diacrónico; dicho sistema consta de dos regímenes: uno diurno, asociado a la verticalidad, la luz y la elevación, y otro nocturno, que implica descenso, profundidad y oscuridad. Antropológicamente, la dominante postural de lo diurno —como define el filósofo— exige materias luminosas, técnicas de separación, armas como flechas y espadas. El régimen nocturno, en cambio, se liga al descenso digestivo y exige materiales asociados a las profundidades, el agua, la tierra cavernosa; sus utensilios son contenedores, copas, cofres; beber, deglutir y tragar son actividades fuente de este imaginario.<sup>1</sup>

Durand coincide con Ramnoux sobre la fuerza afrodisíaca de la noche cuando incluye en

<sup>1</sup> Me atrevo a mencionar de paso el estudio de Luis Barjau *Tezcatlipoca. Elementos de una teología nahua* publicado por la UNAM, territorio aún virgen para explorar el tema de la noche en la cultura prehispánica.



Un alquimista portando el jarrón de Hermes. Acuarela de Salomon Trismosin, 1532. Wellcome Collection ©

el régimen nocturno los movimientos rítmicos, principalmente el de la sexualidad, y gestos como la frotación, asociados de manera imaginaria a la producción del fuego, a los ciclos de las estaciones; de ahí, por ejemplo, la rueda. El régimen nocturno posee dos dominantes principales: la digestiva y la sexual. A la primera dominante pertenece el complejo

en la oscuridad a través del laberinto y la salida a la luz. El laberinto es rueda y mandala.

El tema es inagotable. Podemos, por lo pronto, concluir con lo que considero el mejor hallazgo del libro de Durand: la dinámica diferente del color en cada régimen. Bajo la luz del día los colores se reducen, predominan el azul y el dorado; mientras que por la noche toda la

### *La obsesión del alquimista era apresurar el trabajo de la oscuridad para encontrar el oro, símbolo solar de lo incorruptible, de la luz propia para vencer al sueño y a la muerte.*

de Jonás (Bachelard): la necesidad de resguardarse, refugiarse en la intimidad de la casa o el ensimismamiento al que la noche invita al melancólico y que propicia el acceso a fuerzas creativas y luminosas. Puede deducirse que la segunda dominante —el calor del frotamiento, la experiencia genital compartida en la intimidad— es literalmente productora de frutos, fuente de vida y luz. El polo temible de tal régimen es cuando la deglución se transforma en caída o cuando la experiencia genital de frotamiento condena a la soledad.

La necesidad de establecer su método impide que Durand indague más a fondo sobre la dinámica de cruzamientos y nudos; tejidos inevitables de las dominantes de la noche que generan uno de los símbolos que ilustran mejor la ambivalencia de la noche: el laberinto. Mera oscuridad, metáfora del caos que experimenta un ser humano, si se halla perdido en la duda y la angustia; pero si comprende que el laberinto es también orden, diseño arquitectónico de simetría cuando se mira en conjunto, entonces esa cruz (signo de fijeza) gira, el nudo se desata y el círculo se revela. Varias de las tradiciones iniciáticas implicaban el paso

riqueza del prisma se hace posible. Hasta aquí el apunte de Gilbert Durand. Si esto es así, el arcoíris —digo yo— sería una ventana hacia la noche. ¿Pero cómo es eso de que la negra noche se asocie a toda la gama de colores? Primero, porque el cielo estrellado —ese otro extremo del abismo nocturno— despliega y concentra los brillos de los astros; segundo, porque la entraña de la noche —también asociada a la oscuridad de la tierra, caverna y tumba— esconde y revela las gemas, piedras preciosas y metales. El imaginario del alquimista —descendiente directo de los forjadores y joyeros (Mircea Eliade, *Herreros y alquimistas*)— asume que en la oscuridad de su propia noche la tierra transforma el plomo y el carbón en oro y piedras preciosas.

La obsesión del alquimista era apresurar el trabajo de la oscuridad para encontrar el oro, símbolo solar de lo incorruptible, de la luz propia para vencer al sueño y a la muerte. Jung recupera las imágenes del proceso alquímico para aclarar el sentido de la melancolía profunda del artista, o de cualquier individuo aquejado por el miedo a perderse en la noche de su propia noche. **U**



## LOS VÁSTAGOS DE NYX

Darío Alemán

La Historia tiene sus días que cambiaron o estremecieron al mundo, pero muy rara vez especifica los horarios. Esto parece, cuando menos, una muestra de ingratitud, pues es en el silencio y la oscuridad de la noche donde la Historia se siente más a gusto. Me refiero a la Historia desnuda, en su estado puro, desprovista de la épica que llega con el alba para iluminar a conveniencia lo que deba ser contemplado y perpetuado *in saecula saeculorum*. Sucede que corresponde a la noche esconder secretos, intrigas, conspiraciones, las impurezas de los héroes. Es por eso que, al llegar el día, la Historia rehúye de ella.

Fue en la Grecia Clásica donde mejor se logró explicar la naturaleza de esta escandalosa relación desigual. Al concebirla como hija de Caos, los griegos antiguos tenían a la Noche (Nyx) por una de las fuerzas primigenias del universo, es decir, una de las entidades cósmicas encargadas de dar forma a la materia. Creían que su poder era tal, que sólo ante ella Zeus prefería contar hasta diez, relajarse y dar media vuelta, en vez de iniciar una pelea. Sin embargo, la noche era en esta mitología una deidad indeterminada, casi etérea, que se manifestaba sólo en el espíritu de las inevitables horas que le correspondían. Nyx era lo que se conoce como una "deidad oscura", de actuar indirecto. Su verdadero poder, o sea, su presencia en la vida de los mortales, se revelaba a través de sus muchos vástagos: Hipnos (el sueño), las Keres (muerte violenta), los Oniros (los sueños), las Moiras (el destino), Némesis (la venganza), Filotes (amistad). Sólo así, pensaban los antiguos griegos, la noche irrumpía en la Historia.



## HIPNOS

Esto es algo que no suele decirse: los vencedores casi siempre actúan de noche. Sólo pueden triunfar quienes se resisten oportunamente al sueño. Al resto, los vencidos, les queda entonces avergonzarse de su pereza cuando despierten y descubran que su ciudad, su país o el mundo mismo es otro muy distinto del que dejaron cuando se fueron a la cama. Imagino que algo así debieron sentir los checos que en la madrugada del 21 de agosto de 1968 tuvieron el sueño demasiado profundo como para no escuchar el estruendoso paso de los tanques soviéticos T-54 sobre los adoquines de Praga.

En una noche, el Pacto de Varsovia firmó, de un plumazo, el acta de defunción del inge-

nuo experimento democrático que Alexander Dubček se atrevió a realizar en las narices soviéticas. Era el fin de la esperanza checa y su revolución pop, hecha de pantalones vaqueros, escritores osados y peinados occidentales de moda. Fuera del Telón de Acero, cierto sector de la izquierda intelectual, el más hipócrita y berrinchudo, también despertó de este sueño de una noche de verano al constatar, al fin, que bajo el totalitarismo y el imperio de la colectivización todo rostro humano, incluyendo el del socialismo, estaba condenado a desfigurarse.

Los rusos también tuvieron su noche decisiva y sus sueños pesados. Ocurrió en la madrugada del 25 de noviembre de 1741, mucho



Jóvenes cargan su bandera nacional durante la invasión soviética en Checoslovaquia, 1 de enero de 1968.  
CIA Historical Collections ©

antes de que aplicaran esta fórmula de éxito en Checoslovaquia. Esa noche, antes de irse a dormir a sus aposentos del Palacio de Invierno, el pequeño zar Iván VI y la regente Ana Leopóldovna estaban muy lejos de imaginar que, en cuestión de horas, la inocente Isabel Románova pasaría de las intrigas y las confabulaciones a la acción.

Isabel era un espécimen raro en la corte; una chiquilla afrancesada en sus modales, incluyendo los sexuales, y obsesionada, sobre todo, con los vestidos más extravagantes y cargados de adornos que llegaban de París. Como hija de Pedro I (El Grande), era ella quien más derechos poseía sobre la corona, lo cual hu-

biera resultado un peligro mortal de no ser porque los usurpadores la creían una majadera que sólo heredó de su padre una curiosidad insaciable por las costumbres extranjeras. Se equivocaban.

La noche en cuestión, la princesa colocó sobre su pomposo vestido una armadura y marchó sola hacia donde descansaban los regimientos reales para recordarles que por ella, y no por Iván VI, corría la sangre del glorioso zar que la soldadesca extrañaba. Los hombres se sometieron sin chistar a las órdenes de esta muchacha que, durante los años anteriores, compartió con ellos fiestas y cabalgatas, les colmó de regalos y se hizo madrina de muchos de sus hijos. Isabel tomó el Palacio de Invierno y la corona por sorpresa. Fiel a su idea de lo francés, dio un golpe civilizado, sin derramamiento de sangre. La nueva emperatriz no podía saber entonces del terror jacobino que los parisinos mostrarían al mundo medio siglo después.

Los destronados corrieron con suerte, pues no siempre se sale vivo de una noche que cambia la Historia. En estas situaciones, la sangre es la norma. Así ocurrió, por ejemplo, con el general peruano Enrique Varela Vidaurre, de quien decían era medio sordo, y que por eso no escuchó las órdenes de rendición de los golpistas seguidores del coronel reaccionario Óscar Benavides. Varela, héroe de la Guerra del Pacífico, dormía plácidamente en su hamaca del cuartel la noche del 4 de febrero de 1914 cuando los sublevados contra el gobierno progresista de Guillermo Billinghurst interpretaron en su silencio un acto de resistencia y le asesinaron. Tampoco sobrevivieron a una noche histórica la mayoría de los troyanos que, milenios antes, dejaron pasar por sus murallas la ofrenda aquea que luego celebraron con



Estampa de la masacre de San Bartolomé.  
Bibliothèque nationale de France ©

## *Hay muertes atroces en noches inacabables, y también campanadas de medianoche que auguran masacres.*

vinos y banquetes hasta caer presos de la resaca y el sueño.

### **LAS KERES**

La noche suele ser un tiempo terrible. En la ficción, por ejemplo, es la hora de los monstruos. Vampiros, brujas, licántropos y escurridizos asesinos seriales actúan sólo bajo su protección. A veces la muerte pareciera cebarse de noche, ser consustancial a ésta. ¿Acaso no se ha comparado la muerte con una "noche eterna" o con una "medianoche sonando en la vida"? Éstas no son, sin embargo, románticas metáforas, como nos hizo creer Pessoa. Hay muertes atroces en noches inacabables, y también campanadas de medianoche que auguran masacres, como las que se escucharon en París en la madrugada del 24 de agosto de 1572, vísperas del día de San Bartolomé.

Cuentan que, antes de doblar las campanas de París, Catalina de Médici y su hijo, Carlos IX, se reunieron en palacio con el resto de los nobles católicos. Temblaban de miedo, como imaginando sus horas contadas. La revolución hugonote gravitaba sobre sus cabezas como un hacha de verdugo, organizándose en las sombras, para cobrarles el dedo perdido del líder de los protestantes francos, Gaspar de Coligny, arrancado de cuajo en un reciente atentado fallido. La paz de Saint-Germain se tambaleaba y otra guerra religiosa entre católicos y calvinistas franceses parecía estar a la vuelta de la esquina. O al menos eso pensaba Catalina.

La regente presentía que ni siquiera el matrimonio de su hija con el hereje de Enrique de Navarra evitaría que los ricos hugonotes volvieran a las armas. Por eso decidió adelantarse, tomar la iniciativa. Al llegar la medianoche, ordenó cerrar la ciudad y hacer de sus calles un auténtico infierno, cuyo fuego se es-

parcía durante los siguientes meses por todo el reino. Fueron entonces los católicos quienes tomaron las armas y masacraron a los calvinistas en sus camas, y también en las plazas y los callejones. El propio Coligny, quien se encontraba convaleciente, fue asesinado en sus aposentos y luego lanzado por la ventana. En nombre de un Dios compartido, y también del miedo, se ejecutó la purga. Al amanecer, cuando Catalina salió de palacio, no pudo más que caminar sobre cadáveres.

Trescientos sesenta y seis años después, también en París, un joven polaco-alemán de 17 años, llamado Herschel Grynszpan, provocaría otra gran purga nocturna.

Cegado por el odio y poseído por un heroísmo infantil, Grynszpan disparó a un diplomático alemán, Ernst vom Rath, en venganza por los 12 mil judíos expulsados forzosamente de Alemania, entre los que se encontraban sus familiares. Durante los siguientes días Rath estuvo en estado de gravedad en un hospital francés mientras, en Berlín, Hitler, Goebbels y Eichmann se frotaban las manos ante tan inesperado regalo. Que un chico hebreo hubiese agredido a un funcionario alemán significaba una oportunidad inmejorable para convencer a los seguidores del nazismo de una conspiración judía contra la pureza teutona. Sólo faltaba confirmar la muerte de Rath para coronar el momento.

Una vez falleció el diplomático, el 9 de noviembre de 1938, el Reichstag puso manos a la obra. Se le ofrecieron exagerados honores militares, durante los cuales Hitler aprovechó para fertilizar furias y rencores en sus partidarios, de manera que germinaran esa misma

noche. Al caer el sol, los simpatizantes del nazismo salieron a las calles, escoltados por la policía política. Iban armados con pistolas, garrotes y piedras con las que asesinaron a varios judíos y destrozaron los escaparates de los negocios marcados con la estrella de David. Sinagogas, tiendas, barrios enteros ardieron en toda Alemania. Miles de personas fueron apresadas y enviadas a campos de concentración. A la mañana siguiente, Hermann Göring se apresuró a decretar cínicamente que los judíos sobrevivientes debían pagar por los daños materiales provocados por los nazis. Con la *Kristallnacht*, o Noche de los Cristales Rotos, comenzaba lo que poco después sería el Holocausto.

## LOS ONIROS Y LAS MOIRAS

Es al dormir que se revelan los misterios del destino. Nunca lo hacen por completo pues, como todo gran misterio, el hado necesita esconder en la oscuridad más de lo que exhibe. El futuro, casi siempre, se muestra en incomprensibles sueños que sólo los más cercanos a la divinidad pueden interpretar. Tal vez fue por eso que Constantino I —emperador, todo un dios hecho carne— supo a la primera qué hacer cuando despertó en su tienda de campaña el 28 de octubre del 312.

Debió costarle dormir la noche anterior a Constantino, tal vez por la ansiedad que le provocaba saber que al otro día enfrentaría el combate más decisivo de su vida. Él o Majencio, sólo uno saldría victorioso de puente Milvio con el título absoluto de emperador de todos los romanos. Una vez concilió el sueño, sintió la presencia de una luz cegadora, de la cual emergía una figura parecida a la cruz de madera en la que se castigaba a los peores criminales y que los confabuladores cristianos

adoraban de manera irracional. “*In hoc signo vinces*”, llegó a leer Constantino sobre aquella figura antes de despertar y mandar a hacer de aquella extraña cruz su estandarte de batalla.

Constantino derrotó a Majencio, y tras su triunfo decretó el fin de la persecución a los cristianos, que morían en los circos para entretener a Roma. Sin embargo, no fue hasta poco antes de morir que el emperador pidió ser bautizado para, finalmente, entregarse a los dios que le concedió su victoria.

Constantino I tenía indudables dones de gobernante, pero también de profeta. Al menos a esa creencia se aferraban los habitantes de Constantinopla en 1453, mientras eran asediados por los poderosos cañones del sultán otomano Mehmed II. “Mientras la luna brille, la ciudad no caerá”, contaban que había profetizado el fundador de la llave de Oriente. Por eso, no importaban la fiereza de los asaltos de los jenizaros, ni los cañonazos de los orbones sobre las murallas, ni los barcos infieles hábilmente movidos por tierra hasta el Cuerno de Oro, ni las demoras del apoyo de occidente, ni el cansancio del puñado de mercenarios genoveses que defendía este bastión de la cristiandad. La luna brillaba. La ciudad estaba a salvo.

En la noche del 24 de mayo un eclipse lunar sumió en la total oscuridad a Constantinopla durante tres horas. Sus defensores cayeron en la desesperación. De acuerdo con la profecía, la Segunda Roma estaba próxima a caer. Y así fue, cinco días después.

## FILOTES

En no pocas ocasiones, el día y la noche funcionan en una lógica elemental de antípodas. Por ejemplo: sólo cuando bajo la claridad del



*La visión de Constantino y la batalla en el Puente Milvio*, manuscrito bizantino de Grégoire de Nazianze, siglo IX. Bibliothèque nationale de France ©

sol se desata la barbarie, en la noche parecen emerger las pasiones más nobles de nuestra especie. Si durante el día la guerra contrapone a los hombres en una gesta brutal, digna de cantares, de noche esta épica clásica se disuelve, revelando esa otra que siempre será mayor porque enfrenta al héroe con su condición humana.

Tal vez, el primero en demostrar esta singularidad haya sido Homero al hacer que Aquiles —el semidiós imbatible que hacía de los hombres “pasto de los perros y las aves todas”— no encontrara su humanidad en el combate diario ni en la flecha que más tarde atravesaría su talón, sino en la noche en que apareció en su tienda un dolido Príamo para suplicarle por el cadáver de su hijo. Sin embargo, la Historia cuenta también con sus ejemplos constatables, como lo sucedido en las sangrientas trincheras de los Campos de Flandes la noche del 24 de diciembre de 1914, durante la Primera Guerra Mundial.

Ese día, como todos, había sido de cruentos combates. Pero al llegar la noche, los ingleses quedaron boquiabiertos cuando las tropas alemanas, en vez de contestar con balas a sus ataques, respondieron ¡con un inmenso coro de

villancicos! El inusitado hecho hizo que ambas tropas se encontraran en un punto equidistante de sus trincheras y pactaran una tregua no oficial, a espaldas de sus correspondientes altos mandos militares.

Durante esa madrugada, los enemigos bebieron juntos y así, abrazados y sonrientes, posaron para las fotos. Como dicta la tradición, intercambiaron regalos, o lo que puede considerarse como tal en un campo de batalla: cascos, comida, relojes, botas. Luego, entre todos, enterraron a sus muertos y celebraron misas fúnebres que oficiaron sacerdotes en inglés y alemán. El único enfrentamiento ocurrido fue un amistoso partido de fútbol, deporte en el que los británicos ya eran expertos y los teutones unos habilidosos primerizos.

Los reportes periodísticos de aquella extraña paz llegaron a oídos de los comandantes que desde Londres y Berlín se juraban la muerte mutuamente, de manera que no pasó mucho tiempo antes de que se decretara el fin de la tregua. Al llegar la primera mañana después de Navidad, los mismos hombres que alguna vez se hermanaron, como si todos defendieran una misma bandera, volvieron a sus trincheras como enemigos. **U**



Cadáveres de soldados en Galípoli, 1915.  
Fotografía de Charles Snodgrass Ryan. State Library of New South Wales ©